

Una po-ética de la delectura¹

An UnReading Po-Ethics

NICOLÁS ESTEBAN GARAYALDE

Universidad Nacional de Córdoba- CONICET

Argentina

nicolas_rio3@hotmail.com

(Recibido: 10-07-2017;
aceptado: 22-01-2019)

Resumen. ¿Hay una ética de la lectura? ¿En qué consistiría? ¿Qué consecuencias tendría para la crítica literaria? ¿Qué consecuencias para pensar la relación entre la literatura y la vida? En este artículo buscaremos responder estas preguntas proponiendo una ética de la lectura compuesta de una doble dimensión.

Por un lado, una dimensión deconstruccionista que se interesará en el respeto por el texto, su alteridad irreductible y su resistencia. En otras palabras, por su ilegibilidad. Por otro lado, una dimensión psicoanalítica que se preocupará por la inscripción del sujeto en la experiencia de la lectura y de la imposibilidad de escribir su propia identidad. En otras palabras, de la no-lectura. Esta doble dimensión nos llevará a pensar aquello que llamaremos una *po-ética de la delectura*.

Finalmente, nos detendremos en la crítica intervencionista de Pierre Bayard, donde encontraremos elementos propios de la *po-ética de la delectura* que proponemos.

Abstract. Is there a reading ethics? What would it be based on? What consequences would it have for literary criticism? What consequences would it have for the relationship between literature and life? This article seeks to answer these questions by proposing an ethics of reading consisting of a double dimension. On one hand, a deconstructionist dimension with regards to the text, its irreducible otherness and resistance. In other words, respect for its illegibility. On the other hand, a psychoanalytic dimension which is interested in the inscription of the subject in the experience of reading and the impossibility of writing its own identity, or in other words, the non-reading. This double dimension will lead us to propose what we can call a *po-ethics of mis-reading*. Finally, this paper shares a brief analysis of the interventionist criticism of Pierre Bayard, where we find elements which characterize the *po-ethics of the mis-reading*.

Palabras clave: *lectura; ética; crítica literaria; psicoanálisis; deconstrucción.*

Keywords: *Reading, ethics; literary criticism; psychoanalysis; deconstruction.*

¹ Para citar este artículo: Esteban Garayalde, N. (2019). Una po-ética de la delectura. *Álabe* 20. [www.revistaalabe.com]
DOI: 10.15645/Alabe2019.20.6

1. Introducción

Desde que la crítica literaria intentó librarse del autor y comenzó a interesarse por el lector a finales de la década del '60, toda teoría de la lectura estuvo amenazada por el fantasma de la “anarquía interpretativa”. Con el objetivo de conjurarlo, la crítica se vio conducida a limitar el rol del lector a partir de la existencia material del texto. Muerto el autor, el texto quedaba como garante de la buena interpretación. Esta es la razón por la cual uno de los nombres más representativos de las teorías de la recepción, Wolfgang Iser, escribió un libro titulado *El acto de leer* (1987) en el que, a decir verdad, del lector se dice poco y donde la experiencia estética está regulada por la organización textual. Es por eso también que Umberto Eco matizó su *Obra abierta* de 1962 con *Los límites de la interpretación* de 1990.

¿Debe la crítica ofrecer una garantía de la buena lectura? ¿Tiene la universidad que desarrollar y enseñar esa garantía? ¿Debe la teoría ofrecer el fundamento epistemológico de esa garantía? La necesidad de una garantía de lectura pareciera está ligada a un conservadurismo institucional. Tal es el motivo por el cual la deconstrucción ha resultado tan revolucionaria en los departamentos de literatura, especialmente en los Estados Unidos donde el New Criticism logró instalarse paradigmáticamente: poner en cuestión la garantía, es decir, el fundamento de una buena lectura, ataca el rol de la universidad como lugar de un saber-hacer con la literatura.

El objetivo de la teoría no puede ser el de ofrecer herramientas a la crítica para una buena lectura; tampoco el de ofrecer una garantía de la lectura, sea el autor, la historia o el texto –por nombrar algunas de las más celebres en la vida de nuestra disciplina. Todo lo contrario: el rol de la teoría, como ya lo decía Jonathan Culler (1997), debe ser el de atacar la garantía, el fundamento, la doctrina. El objetivo y la enseñanza principales en los departamentos de literatura, y fundamentalmente en las cátedras de Teoría Literaria, deberían ser, me parece, un trabajo de des-fundamentación de la garantía del sentido. Llamo a esta des-fundamentación una ética de la lectura, opuesta a una moral de la lectura –que es, precisamente, la garantía de una doctrina.

¿En qué consistiría una ética de la lectura? ¿Qué forma tendría? ¿Qué consecuencias para la crítica literaria? El objetivo de este trabajo es responder estas preguntas. Procuraremos hacerlo proponiendo que la ética de la lectura tal como la pensamos tiene una dimensión doble.

Por un lado, una dimensión deconstruccionista; por otro, una dimensión psicoanalítica. La primera de ellas nos conducirá a una des-fundamentación debida al carácter lingüístico de la literatura; la segunda, nos llevará a una reflexión en torno a la implicancia del lector durante la experiencia de lectura. Una de las consecuencias más notables de una ética que surge en el entramado de estas dimensiones ocurre en la disolución de los límites entre la literatura y la crítica; así como en el pasaje de la lectura a la escritura. Para dar cuenta de esta ética así articulada utilizaremos la expresión *po-ética de la delectura*.

Es posible rastrear esta ética en numerosos críticos en la historia de nuestra

disciplina, a los que podríamos llamar, siguiendo a Tzvetan Todorov (1984), “crítico-escritores”. En este trabajo, nos detendremos particularmente en uno de ellos: Pierre Bayard, ensayista francés contemporáneo cuyos trabajos han dado lugar a la *crítica intervencionista*.

2. Deconstrucción y ética de la lectura

*Car qui comprend vite
ne comprend que ce qu'il sait déjà.*

J.-P. Siméon (2004: 16)

En su dimensión deconstruccionista, la ética significa un respeto por la letra del texto. A saber, un respeto por su alteridad radical e irreductible. Encontramos especialmente esta ética en dos integrantes de la llamada Escuela de Yale –con el reduccionismo que todas estas etiquetas tienen–: J. Hillis Miller y Paul de Man.

El primero de ellos se dedicó en diversas oportunidades a la ética, pero lo hizo especialmente en *The Ethics of Reading* (1987), donde se pregunta si la responsabilidad se involucra en el acto de lectura y de qué manera, es decir cómo y ante qué. Respeto por el texto, por la letra del texto. La ética se despliega aquí bajo una técnica específica, la de la lectura atenta: “la letra del texto –dice Miller– debe volverse mi ley cuando leo” (1987: 110); “La ética de la lectura –agrega en *Victorian Subjects*– es el poder de las palabras sobre la mente y las palabras del lector” (1991: 114). Lectura atenta, ley, poder sobre el lector (su mente, sus palabras). Podría parecer que seguimos cerca de la garantía textual a la que hicimos referencia en la introducción: la lectura atenta, precisamente, ha sido la herramienta preferida del New Criticism. Sin embargo, se trata de algo completamente diferente. Porque la lectura atenta revela en Miller la imposibilidad de dar garantía a un sentido a través del texto: la ley no remite al texto sino a un más allá que se expresa con el nombre de “ilegibilidad”; el poder sobre el lector es el poder sobre su capacidad de abarcar el texto con una lectura totalizante. Así, la ética de la lectura es un reconocimiento, vía la lectura atenta, de la ley de la ilegibilidad ante la cual el lector nada puede hacer. No es un respeto por el texto en sí, sino por la ley detrás de él. Si para el New Criticism *en el principio era el texto; para la deconstrucción, en el principio era la ilegibilidad*.

Pero, ¿en qué consiste esta ley de ilegibilidad?, ¿de dónde proviene? Es una ley lingüística, no subjetiva; una ley que da cuenta de la heterogeneidad y la fuerza diseminante que habita el texto: “lo que se ve obligado a ocurrir en cada acto de lectura –afirma Miller– es otra ejemplificación de la ley de la ilegibilidad. El fracaso de la lectura ocurre inexorablemente dentro del mismo texto. El lector debe recrear este fracaso en su propia lectura” (1987: 53).

Aquello que se ve “obligado a suceder”, la ley de la ilegibilidad a la que debe sujetarse el lector, tiene en el caso de Paul de Man un nombre preciso: *alegoría*. Esta noción designa la narración que un texto despliega, en segundo grado, sobre la imposibilidad de su propia lectura. En *Allegories of Reading* (1979), de Man vincula la alegoría a la ética, a la cual entiende como “la interferencia estructural de sistemas de valores distintos” (1979: 206).

¿Qué quiere decir de Man con esta “interferencia estructural”? ¿Qué relación tiene con la ilegibilidad? Para responder estas preguntas, dirijámonos un momento a Jacques Derrida:

A menudo experimentamos el hecho de que lo dado en la lectura se nos da como *ilegible*. Por *ilegible* entiendo aquí, en particular, lo que no se da como un sentido que debe ser descifrado a través de una escritura. En general, se piensa que leer es descifrar (...). Pues bien, lo que se experimenta en el trabajo deconstructivo es que a menudo, no solamente en ciertos textos en particular, sino quizá en el límite de todo texto, hay un momento en que leer consiste en experimentar que el sentido no es accesible (...), que el concepto tradicional de lectura no resiste ante la experiencia del texto; y, en consecuencia, que lo que se lee es una cierta *ilegibilidad* (Derrida, 1999: 52).

¿A qué se debe esta resistencia a la lectura que se experimenta en el límite de todo texto?

Volvamos a Paul de Man: se debe a la interferencia estructural que ocurre en el texto entre gramática y retórica, cuya consecuencia es un “residuo de indeterminación” (la resistencia y la restancia del texto) que no puede resolverse. La crítica demaniana apunta a la narración de esta ilegibilidad. En una palabra, a la alegoría. Observemos brevemente un ejemplo que ofrece de Man en el primer ensayo de *Allegories of Reading*. Se trata de un fragmento de una serie televisiva en la que Archie Bunker, un jugador de bolos, está preparándose para ir a un torneo. Su mujer le pregunta entonces si quiere atar sus zapatos de bolos por arriba o por abajo. Bunker, levemente molesto, contesta con otro interrogante: “¿Cuál es la diferencia?”. Su mujer comienza a explicar la diferencia entre los dos modos de sujetar los zapatos. Pero “¿cuál es la diferencia?” no plantea, como la lectura literal de la mujer entiende, la pregunta acerca de esa diferencia. Antes bien, implica retóricamente que Bunker es indiferente a la diferencia. Bunker se enfrenta a una situación en la que los significados literal y figurado se interponen el uno al otro. Se interponen y se excluyen: el significado literal está preguntando por el concepto de la diferencia mientras que el figurado la está negando:

El modelo gramatical de la pregunta se vuelve retórico no cuando tenemos, por un lado, un significado literal y, por otro, uno figurado, sino cuando es imposible decidir, mediante mecanismos gramaticales o lingüísticos, cuál de los dos significados (que pueden ser totalmente incompatibles) prevalece. La retórica suspende radicalmente la lógica y se abre a posibilidades vertiginosas de aberración referencial (de Man: 10).

Esta tensión –algo ingenuamente exhibida en un ejemplo que sirve por su economía– está presente también al interior del sistema tropológico de una obra, como es el caso de *À la recherche du temps perdu* de Marcel Proust. De Man (1979) observa allí una yuxtaposición de los lenguajes figurados y metafigurados, cuya consecuencia es una tensión entre la metáfora y la metonimia. Su interés por el problema de la indecidibilidad es un interés por el problema epistemológico de la lectura, en tanto la indecidibilidad pone en cuestión la legibilidad. La ética de la lectura consiste desde este punto de vista en la necesidad de un reconocimiento de lo irreductible que hay en el texto, es decir de su “alteridad radical”. Por ello, una ética de la lectura se opone a toda doctrina y, con ello, a lo que podemos entender como la moral de la lectura: “La ética de la lectura –dice Miller– no es un acto cualquiera de la voluntad humana de interpretación que extrae temas morales de una obra, o las usa para reafirmar lo que el lector ya sabe” (2005: 58).

La ética de la lectura es el cuestionamiento a todo uso moral de la literatura. Es la puesta en evidencia del modo en que todo intento de moralizar un texto está condenado al fracaso por su carácter ilegible. Es la resistencia a la reproducción de “lo que el lector ya sabe”.

Sin embargo, esto no significa que no ocurra una lectura. El lector toma, a pesar de la indecidibilidad, una decisión; sólo que ésta no tiene un fundamento último que pueda sostener una lectura unívoca². Es por esta razón que la ética de la lectura no sólo significa la narración de la ilegibilidad del texto sino que supone además –Miller es insistente al respecto– la asunción de una responsabilidad de la lectura que ocurre cada vez. Es decir, la firma del lector. Aún más: es precisamente porque no existe una garantía de lectura unívoca, porque todo texto está habitado por una interferencia estructural de valores, que resulta siempre necesario continuar leyendo y asumir la responsabilidad. La alteridad irreductible es la fuerza de un movimiento diferencial que exige la responsabilidad de toda decisión interpretativa. Esta condición ubica al lector en una situación complicada: ¿cómo ser respetuosos del texto a la vez que responsables de una decisión?; ¿es posible leer responsablemente?; ¿no estamos condenados a hablar por nosotros rediciendo las palabras de otros, de una serie de otros? Pareciera que la responsabilidad y la irresponsabilidad van juntas, están ligadas en cada acto de habla. La lectura es una conducta que

² “Para un análisis sobre el problema de la decisión en la crítica literaria norteamericana, nos permitimos referir al lector el trabajo “Unidad y decisión: apuntes sobre la crítica y teoría literarias norteamericanas. Norman Holland, Stanley Fish y Paul de Man” (Garayalde, 2014)”. Si se agrega esta nota, será necesario incorporar la siguiente entrada bibliográfica al final del artículo: Garayalde, N. (2014). Unidad y decisión: apuntes sobre la crítica y teoría literarias norteamericanas. Norman Holland, Stanley Fish y Paul de Man. Cuadernos de literatura, 42, 111-132.

puede ser responsablemente irresponsable. No hay modo de responder adecuadamente al otro que habita el texto, a su alteridad radical e irreductible. Mi único modo de responder responsablemente es mediante un acto de lectura que sea a su vez la narración de mi fracaso de dar cuenta del secreto contenido en el texto como otro. Lo que no significa que esta respuesta carezca de valor: “El leer-hacer –señala un agudo lector como É. Dunne– es una manera de responder a la demanda hecha por el texto para explorar este territorio inexplorado y *para crear de un modo inventivo la nueva topografía* que espera nuestras exploraciones” (2010: 21).

¿Qué forma toma esta invención de una nueva topografía? Se podría decir, jugando libremente con una expresión de otro de los críticos de Yale: la nueva topografía surge como una *desfiguración creativa de la forma*. Harold Bloom se ha caracterizado por su insistencia en acercar la crítica al lenguaje literario, considerando que una respuesta a un poema no puede ser sino otro poema. La historia de la literatura es la historia de singulares lecturas y respuestas a obras anteriores que ocurren en el escenario de la retórica. En la teoría poética de Bloom (1997), cada poeta, para constituirse como tal, debe llevar a cabo seis revisiones de carácter retórico en su posicionamiento frente a la tradición. La primera de estas revisiones lleva el nombre de *clinamen*, que significa “viraje” (“swerves”): cada poeta, en un movimiento correctivo, “vira” respecto a su precursor, a su padre, llevando a cabo, dice Bloom, una “deslectura” (“misreading”)³ o “malinterpretación” (“misunderstanding”). El poeta se desvía en algún punto del camino convencido de que el poema-padre debió haber realizado tal desviación. Lo que sucede con el poeta vale para el crítico. En el modelo de Bloom la diferencia entre un buen y un mal poeta, entre un buen y un mal crítico, radica en la manera en que logran *desleer* una obra, operar una desviación mediante el acto de lectura-escritura.

La lectura ocurre entonces como un acontecimiento sin fundamento previo ni origen: no hay firma de autor, ni de texto; sólo hay la firma del lector que asume la responsabilidad ante la narración de su lectura. Desde este punto de vista, una ética de la lectura consiste en decir que toda lectura es un acto performativo que ocurre cada vez y de una manera singular, cuyo fundamento se constituye en el momento en que se produce y según un tejido argumentativo: cada lectura construye su propia garantía y su éxito dependerá de sus capacidades persuasivas, esto es, de su potencial retórico-poético. Una buena lectura no es aquella que descifra el sentido del texto, sino aquella que *deslee* poéticamente.

Por ello, una ética de la lectura significa pensar la lectura como acto de palabra y no como sistema de lengua. No hay lengua de la lectura (como no hay, entonces, por cierto, teoría de la lectura) sino palabra de lectura.

Ahora bien, esta palabra como firma responsable supone la implicancia de la subjetividad del lector. Miller afirma que la ética de la lectura es el poder del texto sobre la

³ Traduciremos la noción de misreading como *deslectura* siguiendo la traducción de Mariano Sánchez Ventura del artículo de Bloom “La desintegración de la forma”, incluido en la antología *Deconstrucción y Crítica* (2003).

mente y la palabra del lector. Lo que significa que no importa lo que el lector pretenda que ocurra durante la lectura, importa lo que ocurrirá: la resistencia del texto. Sin embargo, quizás resulte más pertinente reformular la afirmación de Miller diciendo que la ética de la lectura es el reconocimiento del poder del texto sobre la *lengua* del lector, en cuanto no está hecho a su medida. Porque una ética de la lectura debe tener en perspectiva el carácter performativo de la lectura como acto de palabra en la que se inscribe el sujeto. Es en este sentido que otro de los integrantes de la Escuela de Yale, Geoffrey Hartman, se pregunta: “¿Es posible para el crítico-intérprete ser él mismo a la vez que ser fiel al texto? ¿Interpretarse genuinamente a sí mismo tanto como a la obra de arte? (...) *Intérprete: defínete a ti mismo*” (1975: 10).

3. Psicoanálisis y ética de la lectura

*...art thou afear'd
To be the same in thine own act and
valour
As thou art in desire?*

Shakespeare (2016:40).

¿Es posible para el crítico-intérprete ser fiel al texto a la vez que a sí mismo? La pregunta de Hartman tiene un carácter ético. ¿Cómo ser fiel al texto? El aspecto deconstruccionista de la ética de la lectura responde: a través de la lectura atenta y el reconocimiento de su alteridad radical. ¿Cómo ser fiel, en tanto crítico-intérprete, a sí mismo? Tal pregunta compete al aspecto psicoanalítico. “Intérprete: defínete a ti mismo”. ¿Cuál es la importancia de la definición de sí mismo para una ética de la lectura? Digamos que hay, al menos, dos razones.

La primera liga la ética a la epistemología y, por ello, al psicoanálisis. Miller afirmaba que el texto tiene poder sobre la mente del lector, en la medida en que la ilegibilidad impide toda aprehensión del texto en su totalidad. Sin embargo, la experiencia de lectura no es otra cosa que la representación que una mente hace de un texto objetivamente inaccesible. Su inaccesibilidad se debe por lo tanto no sólo a la diferencia que lo habita (por ejemplo: la que se produce por la contradicción entre la gramática y la retórica) sino también a la implicancia del sujeto en su experiencia de conocimiento. Ahora bien, es imposible –es una enseñanza de Jean Piaget (1970)– concebir una epistemología sin una psicología: el texto es leído *a través* de un lector particular, con una psicología particular, que lo determina. El reconocimiento de la alteridad radical del texto debe por ello estar acompañado por el reconocimiento de la incidencia del lector sobre la naturaleza existencial del texto que lee. Idea que podemos encontrar en la crítica impresionista de Anatole France:

No hay crítica objetiva como no hay arte objetivo, y todos los que se jactan de poner otra cosa que no sea ellos mismos en su obra se ven engañados por la ilusión más falaz. (...) Para ser honesto, el crítico debería decir: “Señores, voy a hablar de mí a propósito de Shakespeare, a propósito de Racine, o de Pascal, o de Goethe. Son una bella oportunidad” (1968:iv).

La segunda razón compete de nuevo al psicoanálisis en la medida en que se trata de la experiencia de la lectura como conocimiento de sí y de actuación en conformidad con el propio deseo. Esta es la concepción que sostiene Norman Holland, quien ve en la experiencia literaria –en una perspectiva no carente de un ingenuo optimismo terapéutico de la lectura– un modo de recreación y conocimiento de la identidad. En este sentido, Holland afirmaba en *The Dynamics of Literary Response*: “Para pasar del texto como objeto a nuestra experiencia de él es necesaria algún tipo de psicología: yo he elegido la psicología psicoanalítica” (1968: xiv).

Ciertamente, el psicoanálisis ofrece a los estudios literarios la posibilidad de indagar la experiencia de la lectura en su dimensión ética, es decir en la medida en que se pregunta por el sujeto de la lectura y se interesa por la fidelidad del intérprete a sí mismo. Pero el respeto por el texto exige permanecer cautelosos frente al uso doctrinal del psicoanálisis aplicado a la literatura, moneda corriente en la crítica literaria psicoanalítica desde sus inicios. En efecto, la relación entre la literatura y el psicoanálisis parece haberse configurado según una lógica hermenéutica en la cual el psicoanálisis se presenta como una llave interpretativa que reproduce, en realidad, su propio saber. Se trata del pasaje de una disciplina hacia la otra, del psicoanálisis hacia la literatura. Es decir, una relación unidireccional y asimétrica. El psicoanálisis aplicado busca allí lo que ya tiene entre manos⁴.

Pierre Bayard, a través de un cuestionamiento a este proceder de la crítica psicoanalítica, ha propuesto un modelo de *literatura aplicada al psicoanálisis* consistente en no someter el texto a la teoría para, a la inversa, cuestionar la teoría desde la literatura. Así, se trata de buscar en el texto aquello que evidencia lo que en la teoría no funciona, aquello que desestabiliza, para usar la expresión de Miller ya citada, “lo que el lector ya sabe”. En otras palabras: pasar de *en el principio era el psicoanálisis* a *en el principio era la literatura*.

El saber al que refiere Miller es un saber que podemos llamar *técnico*. Una ética de la lectura ligada a la deconstrucción apunta precisamente a reconocer la alteridad del texto sin someterla a la reducción de lo ya sabido, del saber técnico disciplinar que porta la interpretación. La ética de la lectura se posiciona aquí, por ejemplo, frente al

⁴ Hemos trabajado esta crítica a lo que se puede llamar psicoanálisis aplicado en nuestro artículo “Psicoanálisis y literatura: hacia una teoría de la lectura” (Garayalde, 2018)³. Si se coloca esta nota, se debería agregar en la bibliografía final la siguiente entrada: Garayalde, N. (2019). Literatura y psicoanálisis: hacia una teoría de la lectura. Praxis y Culturas Psi, 1, 1-18.

psicoanálisis aplicado. Sin embargo, ¿es posible situarse frente a la literatura en una posición de no-saber absoluto, de modo tal que la alteridad del texto nos resulte accesible en una suerte de grado cero de la lectura? En *Peut-on appliquer la littérature à la psychanalyse?* (2004), Bayard reclama que la interpretación psicoanalítica no aplaste lo que el texto literario tiene para decir; pero hacia el final se ve obligado a reconocer el fracaso de su empresa por la posición ineludible del sujeto como atravesado por un paradigma: “¿Cómo producir teoría nueva sin sustituir la letra del texto por conceptos que la agotan y la traicionan, es decir sin caer en los reproches que le hacemos al psicoanálisis?” (2004: 170). Este problema no es ciertamente novedoso; responde al cuestionamiento que ya Alan Chalmers (2000) había dirigido contra el objetivismo ingenuo: la teoría precede a la observación. En todo caso, el aporte de Bayard ocurre cuando se dirige no al saber *técnico* del intérprete sino a lo que llamaremos su saber *psíquico*. Es decir, cuando, curiosamente, recurre al psicoanálisis para servir a una teoría de la lectura. Así, el fracaso en la empresa de la literatura aplicada al psicoanálisis lo conduce al problema del lugar del sujeto de la lectura como sujeto del inconsciente: “¿Cómo conciliar la idea de un método con aquello que se emparenta con una apertura ilimitada hacia la subjetividad del lector?” (2004: 170).

Hay por lo tanto otro saber en juego en la experiencia de la lectura y a propósito del cual adquiere valor recurrir al psicoanálisis: “existe un saber –dice Freud al referirse al dominio del inconsciente– del que empero el hombre nada sabe” (1992: 93). Es decir, hay un saber que el sujeto tiene a nivel inconsciente pero que el consciente ignora: saber que se expresa en los actos fallidos, los sueños, los síntomas... y podríamos agregar: la lectura.

Si la ética del psicoanálisis apunta a una reconciliación del sujeto con este saber no sabido, a un cierto reconocimiento de este saber, este reconocimiento no puede ser absoluto, no remite al dominio hegeliano de un saber totalizante. Porque algo escapa al lenguaje, algo no puede ser sabido, algo del inconsciente permanece irreductible. Así que vemos repetirse, ahora bajo los nombres freudianos de “ombbligo del sueño” o de “Das Ding”, la restancia y resistencia de la lectura que veíamos en la deconstrucción de Miller y de Man. De este acercamiento da cuenta Carolina Meloni al hablar de la ilegibilidad en Derrida:

Podríamos comparar lo ilegible con ese topos inaccesible o desconocido que, para Freud, crece como un hongo en todo sueño. Ombbligo, Nabel son algunas de las palabras utilizadas por Freud para describir ese extraño lugar en donde el análisis se detiene. (...) Y es precisamente en ese momento, nos dice Freud, cuando en el lugar más denso de la materia onírica surge el deseo, como una seta de su micelio. También lo ilegible se produce en el texto como lugar hiperbólico del deseo. Recordemos que la resistencia hiperbólica, la resistencia demoníaca, la más fuerte e irreductible era para Freud la compulsión de repetición. (...) Este resto inanalizable es, precisamente, lo que hace

posible la lectura como experiencia del resistir. (...) Pues, lo que la lectura deconstructiva afirma es que “el texto siempre puede permanecer a la vez abierto, expuesto e indescifrable” (Meloni, 2006: 237-238).

El fracaso de la lectura ocurre aquí por motivos diferentes a los que alude Miller. No se trata del carácter contradictorio del texto ni de la imposibilidad de un acceso a su lectura total; el fracaso tiene aquí que ver con la implicancia del sujeto en la experiencia de la lectura.

La historia del fracaso del método de la literatura aplicada que Bayard narra en *Peut-on appliquer la littérature à la psychanalyse?* no es la historia de la ilegibilidad sino de aquello que, para recuperar una noción del propio autor, podemos llamar la *no-lectura*. Se trata de una noción clave para la ética que aquí estamos pensando y que es posible reconstruir particularmente a partir de *Comment parler des livres que l'on n'a pas lus?* (2007). El concepto de no-lectura se despliega irónicamente en este libro como un modo de cuestionar la dicotomía leer/no-leer, asumiendo que resulta imposible establecer a ciencia cierta dónde se produce la frontera entre un polo y el otro. Podríamos decir que la no-lectura tiene una dimensión doble: por un lado, se liga a una imposibilidad de leer; por otro, a una imposibilidad de leerse.

La primera de ellas explica el fracaso del método de la literatura aplicada y se emparenta con las propuestas teóricas que durante los años '70 y '80 –y de un modo ciertamente innovador– desarrolló Norman Holland. Su teoría involucra una epistemología radicalmente definida en las siguientes palabras: “En realidad sólo podemos conocer un texto literario a través del acto de percepción de algún lector que no nos dice nada –¡ni una palabra!– sobre la existencia o ubicación del texto” (2015: 150). Afirmación polémica que surge como consecuencia de los trabajos experimentales que Holland describe en *5 Readers Reading*, donde busca demostrar, a partir de una investigación cualitativa que incluye entrevistas y test psicométricos, la hipótesis según la cual la lectura es una recreación de la identidad de cada lector. De tal modo que la experiencia de la lectura es entendida como una experiencia retroalimentativa: lo que el lector lee es su propia identidad, utilizando el texto como una mera herramienta que le permita recrearla. Dominado aún por el espíritu del New Criticism–aunque en oposición a sus preceptos textualistas–, Holland anhela detrás de esta recreación identitaria una unidad orgánica: el placer estético radica en el logro de la escritura de sí, en la formulación de un compromiso entre el deseo característico de un sujeto y sus típicos modos de defenderse ante la ansiedad que tal deseo origina. El valor de la literatura no reside en su resistencia a ser aprehendida, en la heterogeneidad que impide su apropiación, sino en el espacio transicional que ofrece para que el lector pueda leerse a sí mismo. En este punto, la ética de la lectura que podemos construir a partir de Bayard se separa de Holland, porque el aire que el psicoanálisis puede ofrecer a los estudios literarios empuja hacia el reconocimiento de la experiencia de no-lectura de sí. Una noción de Bayard resulta clave en este sentido: el *libro-interior*.

Tejido por los fantasmas de cada individuo y de nuestras leyendas privadas, el libro interior actúa en nuestro deseo de lectura, es decir en la manera en que buscamos y luego leemos libros. (...) Podemos imaginar también que todo escritor trabaja para buscar y dar forma a su libro interior, perpetuamente insatisfecho con los libros que encuentra, incluidos los suyos, por muy logrados que sean. ¿Cómo emprender sino y continuar la escritura sin esa imagen ideal de un libro perfecto –es decir, conforme a uno mismo– sin cesar buscado y tanteado pero imposible de alcanzar? (2007: 83).

Esta definición invita a detenerse un momento. ¿Qué entiende Bayard por fantasma? Basta recurrir a otro de sus ensayos, *Demain esté crit*, para encontrar la respuesta: “escenario imaginario en el que participa el sujeto en compañía de sus cercanos o sus sustitutos, y gracias al cual se representa una situación de goce” (2005: 88). Es necesario subrayar dos elementos importantes de este fragmento: 1) la lectura está ligada, también, a la escritura de un libro que no es posible encontrar; 2) la lectura de este libro, y el intento fallido de su escritura, es imposible de alcanzar y por ello es “*sin cesar* buscado”. Demorémonos ahora un instante en esta expresión, porque la encontraremos de nuevo en otro libro del autor, *Comment améliorer les œuvres ratées?* (2000). El crítico francés está pensando en la incapacidad del lenguaje para expresar los afectos y representaciones vinculadas al fantasma, cuando llegamos a una afirmación de resonancia lacaniana articulada perfectamente a su definición de fantasma: “Lo propio de esos afectos y representaciones (...) no es que se escriben o no, sino que *no cesan de no escribirse*, es decir que son tomadas en el movimiento perpetuo de una tentativa de expresión imposible” (2000: 94)⁵. Contrariamente a Holland, Bayard descubre una imposibilidad ligada a la recreación de la identidad unitaria del lector. Por ello, el aspecto psicoanalítico de la ética de la lectura nos advierte sobre la imposibilidad de leer a causa de la inscripción en el texto del sujeto de la lectura, a la vez que sobre la imposibilidad de leerse a causa de aquello que del fantasma no puede simbolizarse.

Como en el caso de la vertiente deconstruccionista, no se trata tampoco aquí de un punto de detención. Todo lo contrario: la ética psicoanalítica de la lectura supone tanto un no cesar de no escribir como un no cesar de escribir. La lectura es un acto performativo que involucra un “sujeto procesual” cuya posición –como expresa Michèle Perron-Borelli– “nunca termina por conquistarse: es siempre una posición a tomar” (1997: 207).

⁵ En la clase del 10 de abril de 1973 del seminario XX, Jacques Lacan utiliza esta expresión al vincular la relación sexual con la imposibilidad: “El *no cesa de no escribirse* es lo imposible, tal como lo defino de que no pueda en ningún caso escribirse, y con ello designo lo tocante a la relación sexual: la relación sexual no cesa de no escribirse” (Lacan, 2009: 114).

Así, la vertiente psicoanalítica de la ética de la lectura da cuenta de este doble fracaso de la lectura que debe narrarse: el fracaso en acceder al texto desde un grado cero; el fracaso de leerse y de escribirse a sí mismo. Sin embargo, involucra simultáneamente el mandato de una incesante escritura de sí, a pesar –y debido a– su imposibilidad. La lectura no es una experiencia de recreación identitaria sino de subjetivación y desubjetivación; el lector no es una substancia sino un acontecimiento performativo que se escribe e inscribe en cada lectura. En el principio no era la literatura ni la identidad: *en el principio era la lectura*.

4. Crítica y *po-ética de la delectura*

Deconstrucción y psicoanálisis configuran una ética de la lectura de acuerdo a las variables de la imposibilidad (de leer el texto por la diferencia que lo habita y por la inscripción del sujeto de la lectura; de leerse a sí mismo por lo que en el sujeto permanece fuera de toda simbolización) y de escritura responsable (la firma de la lectura que ocurre a pesar de la imposibilidad; la escritura de sí que acontece a pesar de lo que no cesa de no escribirse). Toda lectura es así, de cierta manera, una *delectura*. Definimos esta última como la escritura incesante de aquello que no cesa de no escribirse, tanto a nivel de la ilegibilidad como de la no-lectura. ¿Por qué empleamos este término?

En primer lugar, para evocar una palabra que los críticos de Yale –especialmente Harold Bloom– han utilizado para hablar de la ilegibilidad: *misreading*, que se ha traducido como *deslectura* (con una “s”)⁶. Este aspecto que recuperamos de la deconstrucción da cuenta de lo que M. Ferraris llama una *hermenéutica negativa*: “Todo el trabajo sobre los textos efectuado por la deconstrucción no busca restituir el sentido originario del mensaje (reconstrucción schleiermacheriana), sino más bien fragmentarlo (...). Es la práctica que los llamados Yale Critics (...) han definido como *misreading*” (1990: 371). En Miller, la noción de *misreading* supone la demanda de una lectura que atiende a las aporías del texto y reconoce éticamente su heterogeneidad. El valor de una lectura pasa por la desviación del texto que se busca leer, de manera que, afirma Miller, “una lectura genuina es un tipo de *misreading*” (1987: 118). Si en Miller el *misreading* es un desvío en cuanto al reconocimiento de la heterogeneidad irreductible del texto, en Harold Bloom la noción acentúa el carácter poético de la crítica: “Como la crítica, que es parte de la literatura o nada, la gran escritura es siempre el producto de un *misreading* fuerte (o débil) previo a la escritura. Cualquier posición que se tome respecto a una obra metafórica será también metafórica” (Bloom, 1997: xix). Toda lectura es un desvío en sentido tropológico; lo que con Miller y de Man podemos llamar una narración de la ilegibilidad, es decir una *alegoría*. Toda lectura es una *deslectura* en cuanto es una desviación alegórica.

En segundo lugar, *delectura* contiene una resonancia psicoanalítica allí donde con esta noción queremos evocar el juego de palabras propuesto por Bayard en *Enquête sur Hamlet* (2002) entre la acción de *lire* (leer) y el *délire* (delirio, pero también *deleer*).

⁶ Recenvío al lector a la Nota 1.

Para el crítico francés, toda lectura contiene una dimensión delirante en cuanto ella es el intento de escritura fallido de algo que no puede simbolizarse, de algo donde el intercambio comunicativo falla: el campo de la crítica es un diálogo de sordos en el que los distintos delirios tratan de interactuar y donde toda respuesta no puede ser sino otro delirio producto del malentendido.

Tanto en un caso como en otro, la *delectura* no es una experiencia del orden de una imposibilidad estéril. Contrariamente, demanda un acto creativo que involucra una *poética*, un arte de escribir la lectura como respuesta a la demanda del texto y como intento de escritura imposible del libro-interior. De allí la expresión *po-ética de delectura*.

Se presenta entonces la pregunta: ¿cuáles son o deberían ser las formas de la crítica que surgen a partir de esta *po-ética de la delectura*?

Quizás su característica más notable sea la disolución de la frontera que separa la literatura de la crítica, e incluso de la teoría. Lo que podemos llamar “el ala romántica” de la Escuela de Yale –G. Hartman y H. Bloom– se caracteriza precisamente por un acercamiento de la crítica a la poesía. El primero de ellos despliega una forma de escritura que desafía el estilo “objetivo” –hegemónico durante los años del New Criticism–; el segundo afirma que “la crítica literaria, es en primer lugar *literaria*, es decir, personal y apasionada” (2011: 18).

Hartman piensa la interpretación como un doble impreciso de la obra de arte que involucra, como esta última, una dimensión inventiva de tipo subjetiva. Esta posición desliza una sospecha metódica vinculada al *ethos* del intérprete:

Si se subraya la objetividad, uno debería preguntarse si no se está sobre-reaccionando al miedo de compulsión privada y usando el estudio textual como autodisciplina. (...) El fetichista del texto podría estar profundamente preocupado con la exclusión de la influencia de ideas extrañas –usurpación desde su interior así como desde la antropología, psicología, etc. Similarmente, si encontramos demasiado énfasis en la unidad, podemos sospechar de un miedo a la ambivalencia, o a estados de consciencia separados (1975: 10).

Si prestamos atención, esta afirmación podría dirigirse contra Miller y de Man; pero también contra Holland. En primer lugar, Hartman parece señalar que una posición como la de Miller y de Man deshumaniza la literatura y cae en el viejo objetivismo de la Nueva Crítica y su fetichización del texto. En segundo lugar, el énfasis en la unidad de Holland parece caer bajo la crítica de un temor por la ambivalencia y los “estados de consciencia separados”.

El cuestionamiento a la separación entre la crítica y la literatura y la afirmación de una crítica creativa concomitante son los ejes sobresalientes de los ensayos de Hartman: el “complejo de inferioridad” de la crítica es combatido por el autor norteamericano mediante la creación de un estilo que no se someta a lo que llama la burocracia de la institución: “libertad de estilo, antes de hacer, como un perro, gestos de sumisión, moviendo la

cola frente a la obra de arte” (2007: 201). “Salvar el texto”, para Hartman, no quiere decir respetar su sentido descifrado; significa un rechazo a su clausura y un ejercicio de crítica creativa.

Esta crítica creativa parece haber tenido lugar en numerosos autores durante la historia de nuestro campo disciplinar, desde el impresionismo a “críticos-escritores” como Jacques Derrida, Roland Barthes o Maurice Blanchot –aunque no siempre involucrando simultáneamente el respeto por el texto y la inscripción del lector en él. Sin embargo, a partir de los años ’90 –y especialmente en Francia– encontramos una llamativa proliferación de trabajos y autores que acercan la crítica a la literatura e indagan las tensiones entre el respeto y la creación: “crítica perezosa” (Lepape, 2004); “crítica amorosa” (Dubois, 2011); “crítica transficcional” (Saint-Gelais, 2012), “crítica posttextual” (Schuerewegen, 2012); “crítica inventiva” (Escola, 2012). Bajo estos nombres, la crítica francesa contemporánea configura un nuevo paradigma que la acerca a la literatura sin por ello perder su rigor interpretativo: “una forma inédita –dice J.-P. Martin– de contar una lectura, de pretender que aquello que se llama *literatura secundaria* puede ser a su vez, a la imagen de la literatura, una invención” (2004: 11). ¿Qué forma tienen estas variantes de la invención crítica? ¿Cómo dan cuenta de una *po-ética de la delectura*?

Es imposible detenernos en cada una de estas propuestas, que comparten muchos puntos en común a la vez que se distancian en tantos otros. Nos demoraremos entonces en un solo caso, que nos parece el que más se acerca a lo que nosotros definimos como una *po-ética de la delectura* y sobre el que ya hemos hecho referencia: la *crítica intervencionista* de P. Bayard.

5. La crítica intervencionista de Pierre Bayard

Si analizamos los diecinueve ensayos que este autor ha publicado hasta ahora en Les Éditions de Minuit, desde *Le paradoxe du menteur* (1993) hasta *La vérité sur “Dix petits nègres”* (2019), podemos encontrar los dos aspectos de la *po-ética de la delectura* que hemos relevado: 1) el respeto por la ilegibilidad del texto y la responsabilidad de la firma; 2) el reconocimiento de la no-lectura y el incesante intento de escritura del *libro interior*. Lo que conduce a una crítica singular dominada por un género híbrido entre la teoría, la crítica y la literatura.

Esta escritura se produce en Bayard de acuerdo a un progreso especular: en los primeros ensayos manifiesta una tendencia a buscar *teoría y crítica en la literatura*; luego, progresivamente –con énfasis en los últimos ensayos–, apunta hacia un desarrollo de la *literatura en la teoría y la crítica*. En este sentido, podríamos establecer una distinción entre modalidades de *crítica intervencionista*, de acuerdo al aspecto de la *po-ética de la delectura* enfatizado.

En un primer momento –en sentido lógico y no necesariamente cronológico–, Bayard parece dar cuenta de la experiencia de la ilegibilidad ligada a las trampas que la

retórica pone al lector en su afán de establecer la unidad orgánica del texto. Frente a la concepción hermenéutica, Bayard advierte, como ya lo había hecho de Man, que la retórica nunca se deja reducir a la gramática y que todo lector se encuentra siempre en la situación paradójica de quien dice “yo miento”. En *Le paradoxe du menteur*, el crítico francés se detiene en los dos prefacios de *Les liaisons dangereuses* de Choderlos de Laclos. Mediante una lectura atenta, observa cómo cada autor de los prefacios a esta novela epistolar dice a la vez que las cartas son verídicas y que no lo son, según la lectura se deje guiar por un criterio figurado o literal. Como el enunciador del “yo miento”, los prefacistas no pueden evitar decir una cosa y la otra a la vez, porque el lenguaje –travieso por naturaleza– dice y desdice el sentido que está, como diría de Man (1979), en permanente vuelo. En *Le hors-sujet. Proust et la digression* (1996), Bayard parece atacar la noción de unidad orgánica al proponerse –con afilada ironía– resumir *À la recherche du temps perdu* de M. Proust, obra que considera extremadamente larga. Para ello, se pregunta cuál es el tema central de la obra y cuáles son las digresiones que podrían ser eliminadas. Sin embargo, lo que descubre Bayard es que resulta imposible establecer qué es una digresión y qué el tema central, cuál es el centro y cuál la periferia, en la obra de Proust. Toda figura depende de un acto interpretativo que la constituye como tal y que puede contradecirse por otro acto interpretativo igualmente legitimado por el texto. La ilegibilidad está ligada a las tensiones entre niveles lingüísticos, entre la gramática y la retórica. Si en un primer momento *Un amour de Swann* le parece a Bayard una larga digresión que podría ser suprimida, otra lectura puede ver en esa gran parte de la *Recherche* su verdadero tema. Así, toda la *Recherche* no sería más que un largo rodeo alrededor de la historia de amor de Swann. Si resumir la obra de Proust supone ya una búsqueda de reescritura, este ejercicio significa, en bucle, un actuar teórico: el intento fallido de resumir la *Recherche* desemboca más en una narración teórica de la imposibilidad de determinar el centro de la obra que en un resumen como versión reescrita de la obra.

Durante este primer momento, encontramos ensayos en los que la resistencia a la lectura se debe no a la ilegibilidad sino a la no-lectura, es decir a la inscripción del sujeto en el marco de experiencia de la lectura. Así, la trilogía de *la literatura aplicada* a la que hemos hecho referencia en el apartado anterior comienza como un método que se propone leer la literatura desde un grado cero evitando la interpretación doctrinal que ha producido el psicoanálisis. Sin embargo, Bayard advierte la imposibilidad de la empresa, sencillamente porque toda lectura se produce desde un punto determinado que depende de la subjetividad específica del lector.

También en el marco de este primer tiempo podemos encontrar ensayos en los que el fracaso narrado atiende a la escritura de sí. Es esta la otra cara de la no-lectura, emparentada ahora a una suerte de incesante no-escritura de sí. Uno de los ensayos en los que esta experiencia se vuelve más patente, como ya lo evocamos, es *Comment améliorer les oeuvres ratées?* A diferencia del ensayo sobre Proust, Bayard avanza aquí un proyecto de intervención consistente en un plan de mejoramiento: la reescritura no se concretiza de manera explícita; pero sí la elaboración de su programa. Bayard actúa aquí más cerca

del periodista cultural que del crítico académico: no se trata de relevar sentidos del texto, sino de señalar las falencias que impiden la escritura del fantasma del lector a través de la experiencia de lectura. Pero en otro plano, su trabajo crítico conduce a la narración de la no-escritura de sí, es decir de la imposibilidad de dar cuenta de sí mismo: “tratar de comprenderse a sí mismo –dice taxativamente– es una empresa condenada al fracaso, por razones que no tienen nada que ver con una suerte de mala fe sartreana. Son motivos de estructura los que están en juego” (1993: 176). Motivos que se vinculan a la incapacidad del sujeto a escribir, con el lenguaje del que dispone, su libro-interior.

Estos ensayos pertenecientes a este primer tiempo pueden entonces interpretarse como narraciones de la ilegibilidad y de la no-lectura, en cuanto son relatos del fracaso de la lectura. En este sentido, son narraciones alegóricas que expresan la resistencia del texto y del libro-interior. Digamos: son ensayos de la *de lectura* (de la alteridad del texto, de la alteridad de sí).

Como consecuencia de este primer tiempo ocurre otro, propio del intervencionismo, donde la obra de Bayard comienza a virar hacia una crítica que se pretende ella misma literaria. Una vez que se asume la implicancia del sujeto y se considera la hipótesis según la cual toda lectura es un intento de escritura incesante y fallida del fantasma, Bayard se precipita hacia la intervención en las obras literarias: la lectura deviene escritura. Este programa adquiere diversas formas, según el tipo de intervención. Podríamos caracterizarlas de la siguiente manera:

1) La *reescritura interpretativa*: esta modalidad consiste en una alteración del texto mediante su interpretación pero no mediante su modificación en la letra. Así, en los cuatro ensayos que componen hasta ahora la *crítica policial*– consistente en discutir la resolución que el detective de una novela ha dado al enigma–, Bayard interpreta la historia involucrándose como detective y reescribiendo la trama policial, de modo que el trabajo crítico se vuelve una novela policial. La reescritura se realiza en torno a las novelas analizadas, problematizando sus límites, pero sin alterar una sola palabra del texto. Deteniéndose en detalles, leyendo figuradamente donde en general se lee literalmente, jugando con la psicología de los personajes, Bayard encuentra soluciones virtuales al enigma policial y transforma radicalmente la historia: Hamlet ha matado a su padre (Bayard, 1998); Roger Acroyd no fue asesinado por el narrador (Bayard, 2002); Sherlock Holmes ha culpado injustamente a Jack Stapleton (Bayard, 2008); el juez Wargrave no es el responsable de los crímenes de la Isla del Negro (Bayard, 2019).

2) La *reescritura textual*: esta vez, la intervención transforma la letra del texto mediante modificaciones sobre fragmentos, personas, tiempos verbales. Si *Comment améliorer les œuvres ratées?* innova con la propuesta de modificaciones que “mejorarían” obras literarias facilitando la inscripción de la fantasía del lector, hay que esperar hasta

⁷ *Qui a tué Roger Acroyd?* (1998); *Enquête sur Hamlet* (2002); *L'affaire du chien des Baskerville* (2008); *La vérité sur "Dix petits nègres"* (2019).

la publicación de *Aurais-je sauvé Geneviève Dixmer?* (2015) para ver en acción un intervencionismo radical que opera sobre la novela *Le Chevalier de Maison-Rouge* de A. Dumas. En este ensayo, Bayard pretende modificar el final y se introduce él mismo como personaje, anhelando el libro que deseó haber leído de joven. La reescritura de la novela de Dumas es, dice el crítico francés, “la versión más cercana a aquella que imaginé en mis fantasías adolescentes” y apunta a “producir la obra que siempre tuve ganas de leer” (2015: 36). En las palabras en que hemos formulado nuestra po-ética de la delectura: un trabajo escritural incesante del libro interior.

3) Los *experimentos imaginarios*: se trata de ejercicios literarios en la obra de Bayard que imaginan una situación natural, sin llevarla a cabo en la realidad, con la expectativa de que ofrezca algún conocimiento válido. Así, un libro como *Aurais-je été résistant ou bourreau ?* (2013), donde se pregunta cómo habría actuado de haber vivido durante la Segunda Guerra, se presenta como una posibilidad de obtener conocimiento sobre la personalidad propia bajo condiciones imaginarias extremas. Pero ofrece a su vez fragmentos de teorizaciones sobre aspectos como la ética o la lectura. En estos casos, la literatura sirve de punto de partida para recrear situaciones imaginarias, aunque la utilización de referentes del discurso histórico pone ya en evidencia la torsión que Bayard comienza a ejercer sobre el género de la crítica literaria.

Bajo estas tres modalidades, Bayard articula teoría, crítica y ficción, lectura y reescritura, lectura y escritura de sí. Esta operación conduce a la construcción de narradores que enfrentan al lector a un régimen de indecidibilidad en el que resulta imposible establecer a ciencia cierta quién es el enunciador. La *reescritura textual* y los *experimentos imaginarios* no abandonan la teoría ni la crítica, pero la relación se invierte respecto a los primeros ejercicios intervencionistas y dan lugar a lo que podríamos llamar *ficción teórica* frente a la *teoría ficcional* anterior. Un elemento singular de la ficción teórica es la elaboración de un personaje-delegado, al que Bayard define en los siguientes términos: “personaje imaginario, enviado a una obra u a otro período histórico diferente al nuestro, con el objetivo de vivir un experimento imaginario” (2015: 156). Así, en *Aurais-je été résistant ou bourreau ?* (2013) y en *Aurais-je sauvé Geneviève Dixmer ?* (2015), Bayard asume respectivamente los roles de su propio padre durante la ocupación alemana en Francia (siendo el dilema cómo hubiese sido su comportamiento frente a la ocupación) y de Maurice, protagonista de *Le Chevalier de Maison-Rouge* (donde el dilema tiene que ver con salvar o no a una militante contrarrevolucionaria).

En este sentido, estos experimentos se presentan como modos de ser en el mundo y ligan de una manera particular la literatura y la vida. Mediante mecanismos de intervención diferentes, Bayard despliega una crítica que pasa de la lectura a la escritura produciendo un estilo que habita la zona fronteriza entre la crítica, la teoría y la literatura. Toda obra literaria es una propuesta de mundo y toda lectura es –o al menos debería ser– una singular reapropiación y reelaboración creativa de esa propuesta. Toda obra literaria, como lo señala por su parte J.-C. Pinson, “plantea, más o menos oblicuamente, la

cuestión *po-ética*⁸ del cómo vivir” (2004: 66). La crítica será *po-ética* en cuanto ella misma, frente a la situación epistemológica de la *delectura*, invente incesantemente a partir de las obras una manera de existir evitando el uso moral de la literatura. Leemos de acuerdo a un estilo de comportamiento: leemos *de la misma manera* que amamos o caminamos. Pero también la lectura *estiliza* nuestra vida, reconfigura las preguntas que le dirigimos al mundo, el paradigma desde el cual lo percibimos y el particular talante con el que actuamos en él.

Una crítica intervencionista no significa entonces que la crítica se vuelve literatura. Pero tampoco comentario. En un espacio fronterizo entre una y otro, *la po-ética de la delectura* piensa la crítica como la narración de la lectura. No el esclarecimiento de la obra –como la sigue pensando, sorprendentemente, Pinson–; sino la historia que, en relación a la resistencia del texto a su interpretación, produce una historia sobre el mundo y sobre cómo vivir en él.

6. A modo de conclusión

En este trabajo nos hemos propuesto desarrollar una ética de la lectura que formulamos en términos de una *po-ética de la delectura*. ¿Qué entendemos por ella?

El término *delectura* remite a dos dimensiones implicadas en esta ética: 1) una deconstruccionista (ilegibilidad y respeto por la alteridad irreductible del texto); y 2) una psicoanalítica (no-lectura e inscripción del sujeto en la experiencia de la lectura).

La noción de *po-ética* evoca el carácter inventivo propio de esta ética, de acuerdo a un pasaje a la escritura que surge como consecuencia de la *delectura*. Por un lado, si el texto no tiene fundamento, si la retórica no puede reducirse a la gramática, si todo lector experimenta un punto insuperable de resistencia del texto, toda lectura debe consistir en la narración de esta experiencia y en la creación de una respuesta responsable. Es decir, la invención de otro texto firmado bajo nuestra responsabilidad que exhiba la falta de garantía. Por otro lado, si la lectura es una experiencia que involucra al sujeto y su inconsciente, si es un intento fallido de lectura de sí, toda lectura debe consistir en una escritura incesante de sí y de la relación con el mundo.

Ciertamente, una posición semejante puede conducir al temor de la compulsión privada y al fantasma ya evocado de la anarquía interpretativa. Dos razones pueden oponerse a estas objeciones. En primer lugar, es cierto que toda lectura, como lo deja entrever el psicoanálisis, tiene un aspecto compulsivo y al mismo tiempo delirante –precisamente porque supone una elaboración individual que ocupa el lugar de un sentido en permanente huida. Sin embargo, también es cierto que toda lectura ocurre en el marco de una “comunidad interpretativa” (Fish, 1980) que ofrece la posibilidad del intercambio

⁸ En francés, Pinson utiliza el término *poéthique*, neologismo generado a partir de las palabras *poétique* y *éthique*. A falta de una mejor opción, traducimos este término al español introduciendo un guión que expresa el neologismo.

permanente en el marco de códigos compartidos. En segundo lugar, es cierto que una *po-ética de la delectura*, al oponerse a un método regido por un saber determinado y pensar la crítica como una novela de lectura, promueve una experiencia más próxima al relativismo que a la hermenéutica. Sin embargo, también es cierto que la crítica funciona en un campo regido por parámetros institucionales y que toda lectura que pretenda entrar en diálogo con otras y ocupar una posición de reconocimiento deberá regirse por un bien decir retórico-poético. En otras palabras, no podrá sumergirse en una compulsión privada y anárquica sin pagar el precio de convertirse en una voz absolutamente imperceptible.

Una *po-ética de la delectura* piensa la crítica como un modo de hacer con la literatura y el mundo de acuerdo a modos de intercambio específicos que se configuran a partir de una relación de tensión institucional, en la tangente que vincula la comunicación y la invención. En este punto, requiere el reconocimiento de la falta de garantía del sentido a la vez que la práctica de una escritura que, consciente de esa insoluble condición epistemológica, vea en la literatura un bello pretexto para que el sujeto se piense a sí mismo y a su relación con el mundo.

Bibliografía

- Bayard, P. (1993). *Le paradoxe du menteur. Sur Laclos*. Paris: Minuit.
- Bayard, P. (1994). *Maupassant, juste avant Freud*. Paris: Minuit.
- Bayard, P. (1996). *Le hors-sujet. Proust et la digression*. Paris: Minuit.
- Bayard, P. (1998). *Qui a tué Roger Ackroyd?* Paris: Minuit.
- Bayard, P. (2000). *Comment améliorer les œuvres ratées?* Paris: Minuit.
- Bayard, P. (2002). *Enquête sur Hamlet. Le dialogue de sourds*. Paris: Minuit.
- Bayard, P. (2005). *Demain est écrit*. Paris: Minuit.
- Bayard, P. (2004). *Peut-on appliquer la littérature à la psychanalyse?* Paris: Minuit.
- Bayard, P. (2007). *Comment parler des livres que l'on n'a pas lus?* Paris: Minuit.
- Bayard, P. (2008). *L'Affaire du Chien des Baskerville*. Paris: Minuit.
- Bayard, P. (2013). *Aurais-je été résistant ou bourreau?* Paris: Minuit.
- Bayard, P. (2015). *Aurais-je sauvé Geneviève Dixmer?* Paris: Minuit.
- Bayard, P. (2019). *La vérité sur "Dix petits nègres"*. Paris: Minuit.
- Bloom, H. (1997). *The Anxiety of Influence. 2^o Edition*. New York: Oxford University Press.
- Bloom, H. (2003). La desintegración de la forma. En H. Bloom (Comp.). *Deconstrucción y crítica* (pp. 11-46). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bloom, H. (2011). *Anatomía de la influencia*. Buenos Aires: Taurus.
- Chalmers, A. (2000) *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* Madrid: Siglo XXI.
- Culler, J. (1997). *Literary Theory*. New York: Oxford University Press.
- De Man, P. (1979). *Allegories of Reading*. New Heaven and London: Yale University Press.
- Derrida, J. (1999). *No escribo sin luz artificial*. Valladolid: CuatroEdiciones.

- Dubois, J. (2011). *Figures du désir : Pour une critique amoureuse*. Bruxelles: LIN.
- Dunne, É. (2010). *J. Hillis Miller and the Possibilities of Reading*. London: Continuum.
- Eco, U. (1992). *Obra abierta*. Buenos Aires: PlanteaAgostini.
- Eco, U. (1998). *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen.
- Escola, M. et al. (2012). *Théorie des textes possibles*. Amsterdam: Éditions Rodopi.
- Ferraris, M. (1990). Jacques Derrida. Deconstrucción y ciencias del espíritu. En M. Asensi (Comp.). *Teoría literaria y deconstrucción* (pp. 339-395). Madrid: ARCO/LIBROS.
- Fish, S. (1980). *Is There a Text in This Class?* Cambridge: Harvard University Press.
- France, A. (1968). *La vie littéraire. Première série*. Paris: Calmann-Lévy.
- Freud, S. (1992). *Conferencias de introducción al psicoanálisis. Obras completas* (Vol. XV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Hartman, G. (1975). *The Fate of Reading*. Chicago: University of Chicago Press.
- Hartman, G. (2007). *Criticism in the Wilderness*. New Heaven: Yale University Press.
- Holland, N. (1968). *The Dynamics of Literary Response*. New York: Oxford University Press.
- Holland, N. (1975). *5 Readers Reading*. New Haven and London: Yale University Press.
- Holland, N. (2015). Entrevista con Ismail Salami. En N. Garayalde (Comp.). *Literatura, lectura y neuropsicoanálisis*. Córdoba: Alción.
- Iser, W. (1987). *El acto de leer*. Madrid: Taurus. Trad. de J. A. Gimbernat.
- Lacan, J. (2009) *Seminario XX. Aún*. Buenos Aires: Paidós.
- Lepape, P. (2004). Critique de la paresse. En J.-P. Martin (Comp.). *L'invention critique* (pp. 19-34). Nantes: Éditions Cécile Default.
- Martin, J.-P. et al. (2004). *L'invention critique*. Paris: Nantes. Éditions Cécile Default.
- Meloni, C. (2006). Derrida. La ilegibilidad del texto. En P. Vidarte. *¿Qué es leer? La invención del texto en filosofía*. Valencia: Tirant lo Blanch.

- Miller, J. H. (1987). *The Ethics of Reading*. New York: Columbia University Press.
- Miller, J. H. (1991). *Victorian Subjects*. New York: Harvester-Wheatsheaf.
- Miller, J. H. (2005). The Ethics of Reading: Vast Gaps and Parting Hours. En J. Wolfreys (Comp.). *The J. Hillis Miller Reader* (pp. 45-58). California: Stanford University Press.
- Perron-Borelli, M. (1997). *Dynamique du fantasme*. Paris: PUF.
- Piaget, J. (1970). *Psychologie et épistémologie*. Paris: Denoël-Gonthier.
- Pinson, J.-C. (2004). Pour une “critique poétique”. En J.-P. Martin (Comp.). *L'invention critique* (pp. 53-71). Nantes: Éditions Cécile Defaut.
- Saint-Gelais, R. (2012). La transfictionnalité honteuse en critique littéraire. En M. Escola et al. *Théorie des textes possibles* (pp. 157-174). Amsterdam: Éditions Rodopi.
- Shakespeare, W. (2016). *Macbeth*. Edición Bilingüe. Barcelona: Pinguin.
- Schuerewegen, F. (2012). *Introduction à la critique posttextuelle*. Paris: Classiques Garnier.
- Siméon, J.-P. (2004). *Sermons joyeux: de la lente corruption des âmes dans la nuit tombante*. Paris: Les Solitaires Intempestifs.
- Todorov, T. (1984). *Critique de la critique*. Paris: Seuil.